

no es húmeda, siendo quizás la conífera que mejor tolera. En la región alta se resiente de las heladas.

La virilidad comienza a los 20 años en las plantas aisladas y a los 30 en masa, dando flores masculinas antes que femeninas. Florece de enero a mayo, según la altura. Existen tejos que llegan hasta los seis metros de circunferencia. La jardinería ha creado multitud de variedades.

El tejo, familia de las coníferas, vive en los bosques del Centro y Mediodía de Europa, en África, Asia (Himalaya). Es un arbusto o árbol que raramente pasa de los 10 metros de altura, con ramas extendidas, copa puntiaguda, hojas de un verde oscuro brillante por el haz, verde mate por el envés, lineales, agudas, de unos 2 a 2 y medio cms. Se ha comprobado que vive por lo menos 1.500 años y parece que en Inglaterra los hay más viejos. Crece con lentitud y su madera es densa y tenaz que sirve en ebanistería y se usa para ballestas y arcos; se atribuye efectos venenosos al follaje, pero los frutos se pueden comer impunemente; la parte tierna suelen comer las ovejas. Escasea mucho, viéndola principalmente en montañas calizas, pero se cultiva en jardines para setos y bosquecillos. Es la sola conífera que no tiene resina. Da el alcaloide taxina, particularmente venenosa para los mamíferos. Las hojas son dañinas para el ganado caballar y semejantes, aunque parece inocuas para el cabrio. Los griegos y latinos le daban el nombre de ARBOL DE LA MUERTE.

Crecen pocos en nuestro Gorbea. Cerca del refugio de Agiñalde, que significa en euzkera «al lado del tejo», se alza uno de metro y medio de circunferencia, calculándose que tenga 800 años de vida. El campeón de la especie es el que está en el cementerio de Brabourne (Kent-Inglaterra), con seis metros de circunferencia y 3.000 años de existencia.

En un peñascal cercano a éste, hay un tejo seco, denominado Agiñerreta (Tejo quemado), del que cuentan por tradición que hace más de 200 años que existe allí, seco y enhiesto como ahora.

El fruto del tejo es una bolita roja que suelta un líquido viscoso y dulzón. Antiguamente se utilizaba como jarabe contra la tos, por su glucosa.

En la sierra de Aramotz, he visto también un ejemplar. Por cierto que el pastor joven que nos acompañaba, no conocía el árbol y lo confundía por el vulgar pino. En cambio los de Zeanuri, los distinguen perfectamente con su verdadero apelativo euzkérico.

Una prueba de su antigüedad entre los vascos y la importancia que tuvo antaño es que los árboles que aparecen en el escudo de Guipúzcoa, son tejos.

En el bosque de Andramariortu o Andramanikortu, al amparo de las hayas que fueron arrasadas, existían ejemplares de tejos que quizás también hayan sido talados por la mano despiadada de leñadores y comerciantes.

Según recuerda el buen montañero, farmacéutico Angel de Goiri, durante la primera guerra Europea, o sea la del año 1914, tenían fuertes castigos los soldados franceses que en Alsacia dejaban comer a los mulos ramas de tejo, por sus propiedades tóxicas.

# ARANZAZU Y SU RIO

Por TEODOMIRO DEL CAMPO

Dedicado a la Comunidad de los  
PP. Franciscanos de Aránzazu.

Nacido entre ventisqueros,  
hijo de tormentas, llanto,  
le arrojaron los abismos,  
como a niño sin regazo.

Dos colosos le vigilan,  
con ojo avizor, impávidos,  
con sus testas fulgurantes  
de nieve, sol y relámpagos.

El noble Aitzgorri, de lejos,  
aitar mayor consagrado,  
bastión de la fe robusta  
de este pueblo milenario.

De cerca, el Aloña hosco,  
campamento de ermitaños,  
vereda de peregrinos,  
de penitentes, calvario.

Veneros de donde brotan  
los manantiales euskaros,  
ríos de savia que nutren  
la raíz de nuestros vástagos.

Oculto bajo las brumas,  
amorosísimo manto,  
un río gime en el fondo  
del abismo desolado.

Dormido sobre su lecho,  
dulce prisionero, casto,  
asómase a las estrellas  
de un cielo azul, sin pecado.

¡Quién me diera no ser río  
y poder trocarme en astro!  
¡Qué amplios allá los caminos,  
qué estrecho el de este barranco!

El río Aránzazu sueña,  
como sueñan los humanos:  
quiere subir más arriba,  
oscuro se siente abajo.

La luna llena descubre,  
cual si fuera un ojo mágico,  
la cúspide de los montes,  
los secretos del barranco.

Frente por frente, se yerguen,  
como espectros, asustados,  
los peñascos del Aitzabal,  
que también llaman del Diablo.

Por las cumbres del Urbía  
viene ya apuntando el alba,  
entre el gorjeo de alondras  
y murmullo de fontanas.

Cuesta abajo del Aloña,  
trisca un rebaño de cabras;  
Rodrigo de Balzategui  
es el pastor que las guarda.

Un mocetón de Ulibarri,  
prototipo de su raza.  
¡Qué buen testigo eligió  
María para su causa!

Es un día sabatino,  
de primavera avanzada.  
El sol, gigantesca hoguera,  
todo lo seca y abrasa.

Abrumado por la pena  
de la sequía nefasta,  
el buen Rodrigo sosiega  
bajo la sombra de un haya.